

Como un marasmo (A modo de editorial)

Théorie Communiste n° 25, mayo de 2016, pp. 9-39

«Aquello fue como una aparición. Ella estaba sentada en medio del banco, completamente sola; por lo menos, él no vio a nadie, debido al deslumbramiento que sus ojos le produjeron.»

(Flaubert, *La educación sentimental*)

Más de tres años han transcurrido entre el n° 24 de TC (diciembre de 2012) y el n° 25; hemos batido nuestro récord anterior de dos años y medio, establecido entre TC 10 y TC 11¹. Nunca hemos sido «adictos» a la publicación ni maníacos de la regularidad, pero ahí hay un problema. Este editorial es un inventario, el inventario de algo así «como un marasmo». Todo esto podrá parecer un poco «ombliguista», siempre que no se preste suficiente atención a la articulación de la «pequeña» y la «gran» historia, a los interrogantes teóricos planteados y a la funesta autonomía de la producción teórica. Pero ombliguista o no, sentíamos necesidad de decirlo.

Con nuestra salida del colectivo y de la revista Sic durante el verano de 2013, tocó a su fin una larga historia de casi veinte años, período que para TC podría calificarse —con una cierta ironía— de «*trend* teórico-socializador ascendente»

En 2008, nos comprometimos, con numerosos camaradas franceses y extranjeros, en la publicación de la revista Sic, titulada *Revista Internacional para la Comunización*, cuyo primer n° se publicó en 2011. Este compromiso se situaba en una trayectoria iniciada a mediados de la década de 1990, con una cierta reanudación de las luchas en Europa occidental, el desarrollo de grandes concentraciones internacionales anticapitalistas «contra la globalización» y la influencia social e ideológica del *democratismo radical*. La revolución había «vuelto a ser tema de polémica»: así titulamos, en febrero de 1997, el editorial de TC 13. Por aquí y por allá, tras más de veinte años de eclipse, el término de «comunización» volvía a aparecer y en el editorial de TC 16 (mayo de 2000), consagrado a la exposición y la crítica de las diversas acepciones y problemáticas subyacentes a este término, afirmamos que había surgido una «corriente teórica comunizadora» y que, si era preciso un término para designar nuestra producción teórica, ese sería el de «teoría de la comunización».

Al final de la década de 1990 también consideramos necesario participar en la constitución del colectivo de ediciones *Senonevero*, a fin de dar una mayor visibilidad a las obras que desarrollaban explícitamente esta teoría de la comunización en su diversidad, así como a las que exponían un material, una historia o tesis necesarias para su elaboración.

Desde comienzos de la década de 2000, cuando la madurez adquirida por la reestructuración del modo de producción capitalista y las modalidades del ciclo de

¹ Con todo, hay que destacar la publicación de dos folletos: *Soulèvement arabe, classes / genre* (abril de 2014) y *De la ultrazquierda a la teoría de la comunización* (enero de 2015) [ed. cast.: febrero de 2022].

luchas actual aparecían con mayor claridad, llevamos a cabo una ruptura cada vez más franca con las raíces de ultraizquierda de la teoría de la comunización. El desarrollo teórico ya no habría de efectuarse polemizando con ese medio, sino para sí mismo, con respecto a realidades actuales y enfrentándose a los propios límites (tal como eran teorizados) engendrados por el ciclo actual de luchas. Aquel fue, para TC, el período de la crítica sistemática y a ráfagas de *Hic Salta*, de las producciones de Dauvé y Nésic, de *Echanges*, de *TPTG*, de *Ni Patries Ni Frontières*, de *Mouvement Communiste*, del Cercle de Discussions de Paris, *La Matérielle*, *La Bombeuse*, *Aufheben*, *Kosmoprolet*, etc.

Esta secuencia de acontecimientos ha podido ser calificada de «sectaria», y en cierto sentido lo fue. Se quemaron puentes, pero esos puentes quemados fueron la condición de numerosas aperturas que llegaban 30/35 años después de los n^os 2, 3 y 4, fundadores de TC.

«*Dar el salto*», expuesto en TC 23, es la expresión mínima de esta ruptura: el hecho de luchar como clase es lo que constituye el límite de la lucha de clases, y existe en el presente. ¿Es un mal que una teoría sea cismática? ¿Acaso es algo absolutamente nuevo que un cierto paradigma teórico provoque una ruptura en un momento dado? Este último es calificado de «sectario» y de «político» por quienes han permanecido al borde del camino.

El comienzo de la década de 2000 también fue testigo de nuestra participación en una serie de *Summercamps*, grandes reuniones esencialmente europeas, organizadas primero por los camaradas alemanes de Wildcat, y luego, en 2006 y 2007, por la red *Echanges et mouvement* en alianza con *Ni patrie, ni frontières*. Las tesis que desarrollamos en estas reuniones encontraron un cierto eco, tanto más cuanto que unos camaradas ingleses que habían abandonado la revista *Aufheben* y que después fundaron *Endnotes*, nos obsequiaron con un gran número de traducciones de nuestros textos al inglés, cuya ausencia siempre había sido una tara de nuestra producción. En estas reuniones, la convivencia con los partidarios de la Ultraizquierda, del consejismo, de la autonomía y de la autoorganización —es decir, de todo lo que podía subsistir del programatismo en la elaboración teórica actual— se hizo imposible. En 2008, estábamos en condiciones de organizar un *Summermeeting* propio de la «corriente comunizadora» durante el cual nació el proyecto Sic. Aquel encuentro no fue, sin embargo, un encuentro general de la «corriente comunizadora», pues algunos de sus protagonistas —y no de los menores— no quisieron participar en él (*Hic Salta, Trop loin...*).

La teoría desarrollada por TC es sistemática; aspira siempre a ser, en sus sucesivos estadios, totalizadora; en este sentido, es conflictiva y polémica por naturaleza («*TC is a splitting theory*», dijo un camarada alemán de *Kosmoprolet*). Defecto o cualidad, la teoría de TC anda siempre a la gresca. El debate se acepta siempre, pero las posiciones adversas son o bien asimiladas o bien desacreditadas. Y todo ello, a pesar de todo, en el marco de un cuestionamiento y una crítica regulares de lo que pueda parecer establecido. Como expone un largo texto de TC 23, TC es una «obra permanente», y podríamos añadir que también es un bricolaje permanente.

En 2009, los camaradas ingleses decidieron volver a la vieja fórmula de los *Summercamps*; el ambiente se podía cortar con un cuchillo. En 2010, estábamos, pese a todo, dispuestos a reanudar la experiencia en un campamento organizado por la red de *Echanges*, pero las maniobras, los procesos de intenciones, y las intimidaciones —de las que el grupo griego TPTG ha hecho desde entonces una especialidad— nos disuadieron de continuar. De 2010 a 2013, organizamos, por tanto, cuatro encuentros de verano propios de la corriente comunizadora, con la perspectiva de la publicación de los n°s 1, luego 2, y quizá 3 de *Sic*.

Y por supuesto, dentro de este *trend* ascendente estuvo *Meeting*. Para nosotros esa fue, sin lugar a dudas, la experiencia más productiva y «alborotada» de ese período. No porque *Sic* fuese menos importante teóricamente, pero el contenido de esta última publicación se encontró en una posición incómoda con respecto a la fase social dentro de la cual tuvo que existir inmediatamente (volveremos sobre ello).

Para nosotros, la agrupación informal y fluctuante denominada Meeting fue un espacio de debates importantes sobre la intervención, la autoorganización, la alternativa y el activismo, luchas como la llamada anti-CPE², la «revuelta de los suburbios» (2005), las huelgas de la SNCF³ de otoño de 2007, y las luchas en torno al fin del régimen especial de pensiones. Meeting también fue, en sus inicios, un sitio web muy activo. Esta agrupación estuvo en el origen del primer encuentro internacional de la corriente comunizadora durante el verano de 2008, fue el ámbito de producción de cuatro números de la revista *Meeting* entre septiembre de 2004 y junio de 2008 y, en definitiva, de debates y de difusión del concepto de comunización.

Podríamos formalizar el debate interno en Meeting en torno a la noción de *mediación temporal*. La *mediación temporal* no es fundamentalmente una cuestión de cronología, sino de desarrollo real y comprensión de la contradicción entre el proletariado y capital. O bien existe identidad entre lo que convierte al proletariado en una clase de este modo de producción y una clase revolucionaria, y entonces existe una contradicción cuyo desenvolvimiento está sujeto, en función de esa identidad, a su *propia historia* como curso del modo de producción capitalista, o estamos en presencia de la posibilidad de un cambio revolucionario sin condiciones previas. La relación entre el proletariado y el capital se convierte entonces en una simple *oposición*, porque el primero posee, en aquello que es, internamente, su aptitud revolucionaria. Este debate tuvo su parte de sombra. TC había estado buscando una ampliación «práctica»; había construido una *práctica a criticar*, un «brazo armado», mientras que aquellos que calificábamos de «activistas» se habían constituido un «hinterland teórico».

Meeting fue un excelente órgano de análisis del curso de las luchas, incluso en los textos que no eran inmediatamente análisis particulares de luchas particulares. La revista puso prácticamente de manifiesto la necesidad interna de que nuestra producción teórica emergiera de su *abstracción crítica* frente a las luchas inmediatas. En los textos que TC produjo para la revista (sobre la lucha anti-CPE en la primavera de

² CPE. Siglas de Contrat Première Embauche. Tipo de contrato de trabajo que reducía los salarios y la protección social. Aunque fue votado por el parlamento, el proyecto fue abandonado tras un enorme movimiento de protesta. [N. del t.]

³ Empresa estatal de ferrocarriles franceses. [N. del t.]

2006, sobre los disturbios de las *banlieues* en otoño de 2005 en Francia, sobre las luchas en Argentina, sobre la crítica de la autonomía autoorganizativa), se evidenció que la dinámica de este ciclo no era un movimiento general que se enfrentaba a límites o una tendencia restringida por el propio curso de su realización, sino la producción de esas luchas dentro del propio límite: luchar como clase en tanto límite de la lucha de clases.

En Meeting, nuestro «en común implícito» era el concepto y la crítica del programatismo (se utilizase o no dicho concepto), inseparable de un debate interno a la teoría de la comunización. Crítica del programatismo y «afirmación» de la comunización, este «en común implícito» también era la crítica de la autonomía de la clase como trampolín de la revolución (que ya no se atreve a pronunciar su nombre) y a la inversa, de todas las formas de la alternativa. Por tanto, también era una delimitación con respecto a corrientes muy próximas a nosotros. Esa base común había cristalizado, en los orígenes de Meeting, en un momento histórico particular caracterizado por la oposición teórica y práctica al democratismo radical. La gente de Meeting tenía un enemigo común. Expresión de esta dinámica de conflicto con el democratismo radical, Meeting perdió su relevancia con la crisis de 2007, en cuyo seno el capitalismo con rostro humano, la última palabra del programa del democratismo radical, exhaló su último suspiro. En Meeting, la teoría de la comunización era inseparable de la crítica del democratismo radical; ese era el límite de nuestra constitución y encuentro sobre la base de la comunización. Los dos procesos se habían confundido: el democratismo radical avalaba la existencia del proletariado como límite de sus propias luchas como clase, y la comunización era su reverso, la puesta en tela de juicio de la clase dentro de su contradicción con el capital.

A comienzos de la década de 2000, apareció para nosotros una nueva perspectiva: ya no se trataba de estar en «la línea del frente» frente al democratismo radical, sino de «promover las actividades de brecha» (*cf.* TC 20). Se trataba de enfrentarse a este límite de la actividad de clase dentro del cual se encontraba también su dinámica.

Por «actividad de brecha» entendíamos que actuar como clase era, por un lado, no tener más horizonte que el capital y las categorías de su reproducción y, por otro y por la misma razón, estar en contradicción con la propia reproducción como clase, ponerla en entredicho. Este conflicto, esta *brecha* en la acción del proletariado, se había convertido en el contenido de la lucha de clases y en lo que estaba en juego en ella. De las luchas cotidianas a la revolución ya no puede haber más que ruptura. Ahora esta ruptura se anunciaba dentro del curso cotidiano de la lucha de clase cada vez que, en el seno de ésta, la pertenencia de clase aparecía como una constricción externa objetivada en el capital. Para el proletariado, en el curso mismo de su actividad como clase, la acción como clase abría una *brecha* en el interior de sí misma a través de prácticas que exteriorizaban su propia existencia de prácticas de clase como una constricción objetivada en la reproducción del capital. Ese fue el caso de las huelgas de diciembre de 1995 en Francia, de la lucha de los sin-papeles, la de los parados, la de los portuarios de Liverpool, de Cellatex, de Alstom, de Lu, de Marks y Spencer, de la sublevación social argentina, de la insurrección argelina, de los disturbios de las *banlieues* en Francia, de los disturbios en Grecia y en Guadalupe, de la lucha anti-CPE, etc.

Meeting había quedado obsoleto.

Sin embargo, esta nueva perspectiva, cuyo concepto era la teoría de la brecha, se quedó en agua de borrajas; esa fue la «tragedia» de *Sic*, su maldición originaria. Si esta configuración de las luchas de clase designada por el término brecha siguió siendo la tendencia dominante del período, durante el invierno de 2011-2012, hasta donde pueden fecharse precisamente este tipo de cosas, se inauguró una secuencia particular dentro de la crisis: involución de las luchas en Grecia, esclerosis de las sublevaciones árabes, apogeo de los «Indignados» y nacionalización de la lucha de clases. El pequeño *trend* ascendente de TC tocaba, pues, a su fin, aun cuando el editorial del n°1 de *Sic* concluyera por todo lo alto:

«Ninguna teoría se conforma con decir “esto es lo que pasa” o “la cosa misma habla”. Cuando la teoría dice “es así” o “es así cómo” —en una palabra, *Sic*— se trata de una construcción intelectual específica. *Abstracta* y *crítica* en relación con la inmediatez de las luchas; en eso consiste la autonomía relativa de la producción teórica.

«En el período actual, detectar, promover las actividades que dentro la lucha del proletariado como clase constituyen la puesta en entredicho de su existencia misma como clase, significa que *es esta relación crítica la que cambia*. Ya no es una exterioridad, es un momento de estas luchas, está involucrada en ellas, es decir, que es una relación crítica *no con respecto a* la lucha de clases y la experiencia inmediata, sino *dentro de* esta experiencia inmediata.

«Si actuar como clase se ha convertido en el límite mismo de la acción de clase, si eso tiende a convertirse en el curso más banal de las luchas, las luchas inmediatas, prácticamente y dentro de su propio discurso, producen, en el interior de sí mismas, una distancia interna. Esta distancia es la perspectiva comunizadora como articulación teórica concreta y objetiva de la experiencia teórica de las luchas y de la teoría, en su formulación abstracta y crítica, tal como es producida y existe aquí, y cuya difusión se convierte una actividad práctica primordial.

«Ser portadora del devenir social del concepto-clave de esta teoría, la comunización; tal es el objetivo de esta revista. Esta tarea es la actividad de partidarios de la comunización comprometidos en las luchas de clase, con los conflictos que las atraviesan. En el momento actual, la teoría, como conjunto de actividades concretas (escritura, revista, reunión, difusión bajo múltiples formas, etc.), se convierte directamente en una determinación *objetiva*.»

Y, en TC 23 (mayo de 2010), comentando el final de Meeting, escribíamos nosotros:

«Meeting ha muerto; *para nosotros*, la etapa siguiente debe constituirse sobre otras bases. Esta otra cosa son nuestros esfuerzos en torno a esta revista internacional que verá o no la luz y que no sustituye a TC, como tampoco sustituye a ninguna de las revistas cuyos miembros, entre otros, participan en esta publicación internacional. Esta revista ya no tendrá del todo la misma problemática ni los mismos presupuestos que *Meeting*. Esta revista no es más que un aspecto de esa “otra cosa” que intentan definir textos como “ *Revendiquer pour le salaire* ” (TC 22) o “ *Le plancher de verre* ” (en *Les émeutes en Grèce*, Ed. Senonevero). La cuestión de la comunización ha sido refundada en el corazón mismo de la explotación y de la producción de plusvalor. (...) Hacemos otra cosa sobre otras bases que ya no son ese no-dicho de “la teoría” y de “la actividad”, que planteaba como objeto esencial de confrontación, en el interior de Meeting, la

cuestión de la intervención, porque la actividad *está aquí* y casi “conforme” a la teoría. Ya no es la crítica de nada, sino la afirmación de algo, ¿o quizás, mejor dicho, la crítica del capitalismo en tanto afirmación de su superación “visible?”». Mucha esperanza y muchas comillas en todo esto.

Nada sucedió según lo previsto. Todo empezó bien, y luego todo empezó a ir mal. *Sic* comenzó a levantar el vuelo sobre unas bases maximalistas que no tardaron en mostrarse falsas en relación con la situación social y política.

«Algo cambió a principios de la década de 2010. En todos los países centrales, la crisis de la deuda pública provocó un aumento de las medidas de austeridad, la presión fiscal se intensificó, el ascenso social a través de la educación ya no era otra cosa que un espejismo obsoleto, y el desempleo y la precariedad afectaron a categorías que hasta entonces se habían librado más o menos de ellas: las clases medias.

«La irrupción de categorías como las clases medias o la juventud no supone la simple llegada de nuevos actores a un espacio existente e inalterado; son las novedades en la evolución de la crisis las que construyeron a estos nuevos actores al mismo tiempo que los golpeaban, pero, sobre todo, el campo de la lucha de clases se amplió de la *relación salarial* a la *sociedad salarial*. Esta es la secuencia actual.

«La subsunción real es la *constitución del capital en sociedad*, pero esta constitución en sociedad es el modo de producción capitalista como *sociedad salarial*. La sociedad salarial es un continuo de posiciones y competencias en el que las relaciones de producción capitalistas no se viven sino como *relaciones de distribución*, la explotación como el reparto injusto de la riqueza, y las clases sociales como la relación entre ricos y pobres.

«La *crisis de la relación salarial* se convierte en crisis de la sociedad salarial al poner en movimiento a todos los estratos y clases de la sociedad que viven del salario. En la sociedad salarial todo es siempre una cuestión de *política* y de *distribución*. Como *precio del trabajo* (forma fetiche), el salario remite con toda naturalidad a la injusticia de la *distribución*. La injusticia de la distribución tiene un responsable que ha «incumplido su misión»: *el Estado*. Cuando la crisis de la relación salarial se convierte en un movimiento interclasista como crisis de la sociedad salarial, ésta se expresa en una deslegitimación de la política denunciada en nombre de una verdadera política *nacional*. Lo que está en juego en todas partes en el centro de las luchas de esta secuencia de la crisis es la legitimidad del Estado frente a *su sociedad*. Según las circunstancias, las historias locales y la trama de los conflictos, puede adoptar formas muy diversas y a primera vista opuestas, pero el trasfondo es el mismo: el Estado siempre aparece como el responsable y *como la solución*. (...) La ciudadanía se convierte entonces en la ideología bajo la que tiene lugar la lucha de clases; vemos banderas por todas partes. (...)

«Como ideología, la ciudadanía nacional responde al problema real de su tiempo: la crisis de la relación salarial convertida en crisis de la sociedad salarial, la crisis del Estado desnacionalizado, la oposición irreductible entre los ganadores y los perdedores de la globalización. No obstante, el recurso a la ciudadanía nacional es el

reconocimiento mismo, en las luchas sobre la base de la sociedad salarial y dentro de ella, de que esas luchas operan bajo una ideología. Por un lado, la ciudadanía nacional responde al problema real de la crisis de la sociedad salarial; por otro, no corresponde a ella, porque la trata de forma «inauténtica», como representación de otra cosa: la pérdida de los valores, la descomposición de la familia, de la identidad nacional y de la comunidad de trabajo. Es decir, que sólo responde a sus propias preguntas.

«A primera vista, esta ideología es crítica, pero sólo lo es en la medida en que es el lenguaje de la reivindicación reflejado *en el espejo que le tiende la lógica de la distribución y la necesidad del Estado*. Las prácticas que operan bajo esta ideología son eficaces, porque remiten a los individuos a una imagen plausible y a una explicación creíble de lo que son y de lo que viven, y son constitutivas de la *realidad* de sus luchas. La cuestión de la distribución, la del trabajo y la de la asistencia social, la del olvido de los territorios en el seno de la «unidad nacional», la de los valores y la de la familia, estructuran adecuadamente la relación de los individuos con lo que está en juego actualmente en las luchas de clase de esta secuencia de la crisis.» (*Una secuencia particular*, texto publicado en este n° de TC).

Concebido en 2008, pero víctima de una gestación demasiado larga, el proyecto Sic se formalizó a contratiempo, y fue abatido antes de despegar. No estábamos en el buen momento ni en la buena historia. Pese a que lo sabíamos, hicimos todo cuanto pudimos para no verlo y tardamos mucho tiempo, obligados y forzados, en sacar las consecuencias: nuestra salida.

Como ya hemos expuesto, las metas presentes en *Meeting* y su dinámica teórica eran bastante claras. El trabajo común se había correspondido y había acompañado, en lo que a nosotros se refiere, a la reelaboración concienzuda de la relación entre dinámica y límites de este ciclo de luchas (*cf.* TC, *un chantier permanent*, TC 23), la formalización de la *teoría de la brecha* (TC 20), la reconsideración del activismo y del Movimiento de acción directa (TC 23), y el final del democratismo radical. Nosotros sabíamos dónde íbamos; estábamos dentro de una dinámica teórica y social. En cambio, ¿cuáles eran la dinámica y las metas teóricas de *Sic*?

Es preciso volver sobre esa fase de la subsunción real del trabajo bajo el capital que surgió de la reestructuración de la década de 1970, así como sobre su crisis.

Una vez completada la reestructuración a principios de la década de 1980, toda la sociedad gira siempre en torno a la extracción de plusvalor, pero ya no existe una identidad obrera y de clase inmediatamente perceptible, masiva y estable, con sus instituciones sindicales y políticas, en definitiva, una identidad obrera reafirmada dentro de la reproducción misma del capital y reconocida en su seno como interlocutora legítima. Con el final de la identidad obrera, con el hundimiento de cualquier perspectiva programática revolucionaria de afirmación de la clase, incluida ahí la forma de la autoorganización y la autonomía, es la centralidad de la lucha de clases la que se vuelve problemática. La reestructuración suponía la coincidencia de la producción de plusvalor y de la reproducción de las condiciones de esta producción, lo que significa la coincidencia entre producción y reproducción y, como corolario, la coalescencia entre la constitución y la reproducción del proletariado como clase, por una parte, y su

contradicción con el capital por otra. La contradicción entre el proletariado y el capital tiene, pues, por contenido esencial su propia renovación, que moviliza todas las instancias del modo de producción capitalista⁴, y la puesta en entredicho por parte del proletariado, dentro de su contradicción con el capital, de su propia existencia como clase.

Podemos, por tanto, tratar de definir el meollo del proyecto Sic —jamás enunciado de forma verdaderamente explícita— de la manera siguiente: cómo comprender la extrema diversidad de las luchas y de los actores, la segmentación misma del proletariado, la contradicción entre hombres y mujeres, la racialización de los conflictos⁵, cuando se desvanece, no la centralidad de la explotación, sino la evidencia de la centralidad de la lucha de clase proletaria en unos conflictos extremadamente complejos (Oriente Próximo y Medio) que operan bajo toda clase de ideología efectivas, que ponen en movimiento movilizaciones interclasistas⁶ y que ponen en juego todas las instancias del modo de producción (ideológicas, jurídicas, políticas, nacionales...) involucrando a la clase, la raza y el sexo.

De forma más o menos categórica, este reto fue formalizado teóricamente en Sic siguiendo dos ejes.

En primer lugar, dar cuenta de esta situación a través de una problemática que, a partir de una contradicción lógica única interna al valor, deducía una multiplicidad infinita de antagonismos como realización de esa contradicción única. El valor, abstracción que domina todos los aspectos de la existencia, explicaba todos los «infortunios» de los individuos y la universalidad de la alienación en la infinita diversidad de sus facetas⁷. Esta problemática tiene la ventaja de ser inmediatamente adecuada al período y a lo vivido. Tiene el inconveniente de ahogarlo todo en una sustancia común, de rebajarlo todo al mismo nivel, de convertir lo real en la realización del concepto, de confundir la lógica y lo real, y de ser idealista y especulativa⁸.

En segundo lugar, dar cuenta de la situación a través de una teoría de la coyuntura (*cfr.* TC 24) y de la sobredeterminación que conserve la dinámica única del capital como contradicción en proceso y la cuestión central de la explotación. La estructura es siempre una estructura con dominante; esa es su diferencia con el sistematismo hegeliano: no todas las vacas son pardas.

Este reto principal se polarizó entonces en torno a la cuestión de género. Dicha cuestión había sido totalmente evacuada de la teoría de ultraizquierda (a excepción del

⁴ Véase en este n° *A propos de Charlie* (suite)

⁵ Véase en este n° *A propos de Charlie / le citoyen, l'Autre et l'Etat*.

⁶ Véase en este n° *Notas sobre las clases medias*.

⁷ Traducimos por «infortunios» (el sentido de «desgracias» también es posible) el término de «*misfortunes*» utilizado por los camaradas de *Endnotes* como subtítulo del n°3 de su revista: «*Gender, race, class and other misfortunes*». En el curso del editorial de este n° de *Endnotes*, puede leerse: «Esta contradicción (entre valor de uso y valor de cambio, N. del A.) engendra múltiples antagonismos en el interior de las sociedades capitalistas, entre ellos el antagonismo de clase. Existen otras a su alrededor: raza, género, sexualidad, nación, oficio o cualificación, creencia religiosa, condición migratoria, etc.». Toda esta concepción se critica en un texto que aparecerá próximamente, *Contradiction(s), antagonismes et idéologie*.

⁸ Próximamente desarrollaremos la crítica de la *dialéctica sistemática*.

grupo-revista *Noir et Rouge*) y a través de su crítica/superación durante la década de 1970.

Si, como fundamento de la teoría de la comunización, encontramos la práctica revolucionaria como coincidencia del cambio de las circunstancias y de la actividad humana o de la autotransformación (*cfr.*, Marx, *Tesis sobre Feuerbach*), entonces, desde finales de la década de 1960, la cuestión de la distinción de género, de la construcción de las categorías de hombre y de mujer, de la lucha de las mujeres, perfilaba un punto ciego de la teoría de la comunización, algo que todo el trabajo teórico de superación del programatismo había ignorado más o menos conscientemente en el mejor de los casos, o que, en el peor, había rechazado deliberadamente como irrelevante.

Para salvar de su naufragio programático la contradicción entre el proletariado y el capital como dinámica revolucionaria del modo de producción capitalista, no había que admitir nada que pudiera presentarse como una concesión frente a la centralidad única de la lucha de clases. Ahora bien, es evidente que si quienes emprendieron la crítica del programatismo a principios de los años setenta hubieran tenido en cuenta las luchas o las huelgas específicamente femeninas y las características peculiares de la actividad de las mujeres durante las luchas revolucionarias a partir de la Revolución Francesa o la Revolución Inglesa, se habrían «sorprendido» de descubrir en ellas, en actos, las contradicciones y los *impasses* del programatismo. Un estudio meticuloso de los movimientos revolucionarios habría revelado que la actividad de las mujeres en esos movimientos fue parte integral de la imposibilidad del programatismo en sus propios términos, de sus contradicciones y de su superación. Es más, la ola de feminismo moderno de las décadas de 1960 y 1970 fue, de hecho, mediante sus prácticas y sus producciones teóricas, la crítica del movimiento obrero y de la afirmación del trabajo. *Al desarrollar sus propias temáticas*, ese feminismo notificó al programatismo que había llegado al final de su recorrido.

Paradójicamente, esa posición «pura y dura» equivalía a no llevar a término la crítica del programatismo y su superación como teoría de la comunización en tanto producción de la inmediatez social del individuo en lo tocante a dos puntos fundamentales vinculados entre sí: la crítica de la distinción de género, que reformula los fundamentos mismos de la crítica del trabajo, y la práctica revolucionaria como abolición de las clases y los géneros y autotransformación de los individuos. Para una elaboración teórica de la comunización, era imposible esquivar la cuestión.

Simplificando las cosas hasta el extremo de la caricatura, podríamos decir que sobre esta cuestión el colectivo Sic se dividió en tres tendencias.

- a) Los «clásicos»: la relación entre los hombres y las mujeres es un momento de la lucha de clase. No había que tocar la unicidad de la contradicción entre el proletariado y el capital. En esta posición podía verse una repetición del final del programatismo; la introducción de una contradicción entre los hombres y las mujeres que constituía, con la contradicción entre proletariado y capital, al capital como contradicción en proceso, era un insoportable golpe de gracia asestado al proletariado.

- b) Los partidarios del principio único abstracto-lógico que se difunde en una infinidad de antagonismos y de «infortunios» (principalmente los camaradas ingleses, *cfr.* supra). La relación hombres/mujeres no era más que una manifestación de la distinción entre actividades mediatizadas por el mercado y otras que no lo estaban. Quedaba por explicar por qué las primeras eran realizadas por individuos con próstata y las segundas por individuos con útero.
- c) La teoría de dos contradicciones (proletarios/capital; mujeres/hombres) que se convertían en tales la una a través de la otra, ambas procedentes del trabajo y del plustrabajo, de la fuerza de trabajo como principal fuerza productiva en todos los modos de producción (capital incluido) y que naturalizaba una distinción social. Esta era la posición de TC (*cfr.* TC 23 y TC 24; para una exposición rápida, véase el folleto *De la ultraizquierda a la teoría de la comunización*, pp. 85 a 92)

Las divergencias sobre el reto central y su polarización en relación con el género no lo explican todo. Mientras que las divergencias en Meeting eran directa y francamente puestas sobre la mesa y constituían su vida misma, ese no fue el caso en Sic. Por tanto, hay que distinguir dos cosas: por un lado, en el marco del modo de producción capitalista surgido de la reestructuración de la década de 1970, la aparición de las cuestiones relativas a la centralidad de la lucha de clases y de la contradicción entre proletariado y capital, que cristalizaron en torno al género, y, por otro, el hecho de que no hubiese un debate ni enfrentamientos dentro de Sic, sin que esto último pusiera en entredicho la publicación de la revista y la continuidad del proyecto en común. Sic no había tenido nunca vocación de ser monolítico. ¿Por qué las divergencias se transformaron en distanciamiento e incompatibilidad?

Nuestra salida (o imposibilidad de quedarnos) no procedía de los temas en sí mismos, sino de una situación dentro de la cual la (las) teoría(s) de la comunización estaban condenadas a esclerosarse. A Sic le faltaba un «enemigo» y, más aún, un «enemigo íntimo»; la Ultraizquierda había tenido al movimiento obrero organizado, en Meeting teníamos al democratismo radical. ¿Y para Sic?: el modo de producción capitalista. Pero, ¿cómo atacar a un enemigo que está en todas partes y que además constituye en sí mismo la subsunción de la contradicción? Ya no queda más que la alienación de todos y cada uno, la letanía sin fin de los «infortunios» y de las opresiones. La crítica teórica tiende entonces a quedarse suspendida sobre aquello de lo que habla, cuando para tener vida a veces requiere agarradas un poco sucias. La *Wertkritik* es el paradigma de una *teoría muerta* por falta de enemigo. No es en el empíreo de los conceptos, sino en las cunetas donde se regenera la teoría. En ausencia de «enemigo íntimo», las cosas se fosilizan y los sistemas se enfrentan como conjuntos cerrados.

En la involución de la situación de 2011-2012, nada incitaba a avanzar, a que las diversas teorías fuesen puestas en apuros por los hechos. Las distintas posiciones se convirtieron en divergencias destinadas a permanecer en paralelo o en la incomprensión recíproca. Los sistemas se enfrentan en tal caso como tales. En aquel momento no era exagerado escribir, como hizo un camarada griego dirigiéndose a TC después de nuestra salida: «Vuestro problema es que no podéis soportar un proyecto que no sea productivo (en términos de debate) para vuestra concepción. Querríais debatir sobre vuestra concepción a fin de mejorarla, porque para vosotros es la única clase de debate productivo. Por desgracia, esta vez no habéis debatido en absoluto sobre ella. ¿Dónde

está el debate? ¿Dónde están las respuestas a las críticas y a las otras posiciones? En ninguna parte de la lista Sic. Presentasteis vuestra teoría y esperasteis a que fuera aceptada. Pues bien, esta vez no fue aceptada en su estado actual. Está claro que con vuestra nueva teoría (una sola dinámica género-explotación, etc.) no habéis conquistado la hegemonía en Sic. En lugar de tener esto en cuenta y tratar de debatir un poco más con vuestros camaradas sobre esta nueva teoría, decidís abandonar el proyecto. Eso es todo lo que hay que decir. (...) sin duda alguna, hemos de dejar claro entre nosotros que en lo sucesivo no se impondrá ninguna hegemonía. Aparte de todo lo demás, la hegemonía política está anticuada; es cosa del pasado». Aun cuando no se pueda reducir la salida de TC a este único hecho sin situarla en el contexto más amplio de los retos en el interior de Sic y de la zancadilla que nos puso «la historia» —así como de nuestras dudas previas sobre la validez de este proyecto— este correo no deja de indicar la esclerosis de las posiciones que se había producido.

Tras nuestra salida, en Sic se desarrolló un debate intenso y sustancial acerca del «cambio de paradigma teórico» que los textos sobre la coyuntura y la distinción-contradicción de género supuestamente habían introducido en TC. Este debate ilumina retroactivamente la cuestión de la «hegemonía». El cambio de paradigma teórico que se nos imputaba equivalía a reprocharnos el haber saboteado los propios fundamentos teóricos de los que habíamos sido artesanos y que estaban en la base del proyecto Sic. Fue un camarada inglés de *Endnotes* el que, en un correo, resumió mejor esta *evolución*, en una presentación que suscribimos:

«Pienso que si se lee un texto de TC como *La autoorganización es el primer acto de la revolución, los siguientes van contra ella*, es difícil acusar a TC de utilizar prejuicios para producir el comunismo a partir de teoremas. Todos sus planteamientos consisten en analizar las luchas actuales en su particularidad material precisamente en tanto que problemáticas — es decir, en tanto que plantean el problema de la comunización. Este problema se plantea a través de la contradicción que caracteriza la configuración de la relación de clase en el ciclo/período actual, a través de la ilegitimidad de la reivindicación salarial y del carácter asistémico de las reivindicaciones obreras. Esta ilegitimidad o asistemia de las reivindicaciones obreras lleva al proletariado a vivir su propia existencia como clase como una constricción externa objetivada en el capital, es decir, que la formación de una identidad obrera positiva, afirmativa, es imposible. Dentro de esta configuración contradictoria de la relación de clase, el análisis de TC es que la propia acción de clase está en autocontradicción, es autoconstrictiva o autodestructiva: constituye un límite. En este ciclo, la naturaleza autocontradictoria de la lucha de clase viene marcada por la *brecha* que hay en la acción del proletariado entre luchar como clase y poner en entredicho la existencia de la clase o la pertenencia de clase. La formación de esta *brecha* es teorizada por TC como la dinámica del ciclo actual. Cabría decir que este “análisis límite” es limitado a su vez, o que sencillamente no representa más que unos teoremas que postulan la comunización como una superación producida por el juego entre límite, dinámica y *brecha*. Tendría, por tanto, una componente especulativa, en la medida en que TC sólo afirma que el problema de la comunización queda simplemente planteado por las luchas actuales. Realmente intentan, sin embargo, basar su análisis en las luchas actuales, empíricas. Se puede estar en desacuerdo con el esquema interpretativo con el que TC lee estas luchas, pero al menos este esquema hace valer que si su teoría de la comunización al principio era de

naturaleza *deductiva*, en lo sucesivo es *inductiva* (inscrita en el carácter material de las propias luchas). En muchos de sus textos, TC subraya en varias ocasiones la necesidad de establecer un vínculo teórico entre las luchas actuales y la revolución como comunización (no es que las luchas actuales contengan un germen de la revolución futura como comunización, sino que la comunización se plantea en el juego entre dinámica, límite y brecha: es este juego el que, según su teoría, ha de engendrar la superación producida de las relaciones sociales capitalistas). Creo que la cuestión se reduce a saber si se piensa que la esquematización histórica de TC está arbitrariamente adherida a las luchas, adaptándolas a un conjunto de teoremas que funcionan a priori, o si uno encuentra convincente su análisis y considera que esa esquematización se adecúa a la naturaleza cambiante de las luchas de clase y a la relación de explotación en los períodos que identifican. (...)

«La descripción que hago aquí de la teoría de TC remite a textos anteriores a la “coyuntura”. Numerosas reacciones a este último texto (y a su carta de ruptura) en y alrededor de Sic parecen dar por sentado que su teoría anterior ha sido completamente arrojada por la borda, y no modificada, enmendada o desarrollada ulteriormente. Yo todavía no estoy seguro de que eso sea cierto, pero tiendo a adoptar la segunda posición. No estoy seguro de que el recurso a la caja de herramientas althusseriana de estructuras/instancias/contradicción en la dominante y la estructura/instancia/contradicción en la determinante (determinación por una estructura/contradicción en última instancia), con el fin de integrar la contradicción de género, invalide o desentone con su teoría de la relación contradictoria entre el proletariado y el capital tal como funcionaba antes.» Y, varios días más tarde: «supongo que la movilización de los conceptos althusserianos en el texto *Conjuncture* estaba motivada por la necesidad de teorizar el problema de cómo comprender las contradicciones de la sociedad capitalista y las relaciones que mantienen entre sí. Todavía no estoy convencido de que esta complejización (quizás sea mejor término que “modificación”, “adjunción” o “desarrollo ulterior”) de la teoría de TC invalide necesariamente la teoría de la relación de explotación entre capital y proletariado tal como había sido previamente desarrollada.»

Incluso antes del encuentro de verano de 2013, que se fue al traste al cabo de cuarenta y ocho horas en circunstancias sobre las que volveremos más adelante, la dinámica teórica de Sic ya no existía. «Comunizador» se había convertido en una denominación y una postura, un marcador identitario cuyo referente se había desvanecido momentáneamente (?). En junio de 2013, un mes antes del *Summercamp* fatídico y de nuestra salida de Sic, podía leerse *en un debate interno de TC*:

«La aproximación de TC a los activistas se realizó en torno a objetivos precisos, en torno a la cuestión del democratismo radical, respecto a la cual TC aportaba argumentos para la polémica, y en torno a la idea de comunización inmediata, sin olvidar la crítica de la alternativa y de todas las formas de vanguardismo o inmediatismo. Los activistas son lo que son, pero tienen un interés inmediato en tratar de comprender el presente, en última instancia por simples razones de *business*, lo que plantea el límite de no comprender del presente más que aquello que pueda servir para el *business*. Sin embargo, en la actualidad, resulta que el democratismo radical está moribundo, que la distinción respecto de los “alternativos” de todo pelaje está bien asentada sin que eso dé

lugar a gran cosa, que la crisis sigue ahí, sin desencadenar, al menos entre nosotros, las grandes oleadas de disturbios que Grecia parecía prometer, que la propia Grecia —en la que se veía la punta de lanza de la revolución en marcha—precisamente está KO, y en consecuencia, de momento ya no hay gran cosa que rascar. Los «comunizadores» pudieron oponer a las demás identidades del medio una especie de contra-postura que consistía en decir “nosotros no nos tomamos por revolucionarios” (sobreentiéndose: lo cual nos convierte en verdaderos revolucionarios), pero una vez planteado eso, cabe preguntarse, en justicia, qué vamos a poder hacer y qué somos. Sin vestimenta ideológica en torno a lo que hace, uno se siente rápidamente en pelota.

«Tácticamente, la noción de coyuntura (tema central de TC 24) no aporta gran cosa al medio, al igual que la doble contradicción (clase/género, desarrollada en TC 23 y 24) no le aporta de qué vivir políticamente, y se diría que ya no sabe muy bien qué hacer con la teoría en cuestión. Y no se puede esperar que este medio haga teoría sin esperar una gratificación político-prestigio-relacional cualquiera, objetivos a plantear, etc. Es decir, que se plantea sin cesar la buena-mala pregunta del “¿para qué (nos) sirve la teoría?” Y, se quiera o no, el hecho de que esta pregunta se plantease también es lo que hizo que el encuentro entre TC y los activistas pudiera ser productivo.

«En lo que se refiere a los universitarios, realmente me cuesta ver sus motivaciones, más allá de demostrar que uno es el más inteligente a la hora de desbaratar el primer concepto que se presenta, o, eventualmente, también la posibilidad de adquirir una pericia monetizable, pero eso no concierne más que a los “profesionales”, no demasiada gente, pienso yo. Pero no creo que se pregunten verdaderamente para qué sirve la teoría, y creo que es eso lo que me molesta.

«Por supuesto que la teoría ardua y el análisis de las luchas no pueden ser disociados y no pienso que TC verdaderamente haga eso, pero en cualquier caso es un hecho que las obras teóricas más recientes emprendidas por TC exigen un gran trabajo de reformulación y de elaboración de conceptos en cuyo seno los universitarios se encuentran más a sus anchas que otros, que quizás no conocen tan bien a Kant y a Aristóteles (las referencias, sea cual sea su utilidad, también tranquilizan a algunos y excluyen a otros, e incluso están hechas para eso, socialmente hablando). En la situación actual, la fórmula *Sic*, comparada con *Meeting*, es más apta para atraer a este tipo de gente. Las cosas como son.»

Entre «el fin de trayecto del activismo y el auge del academicismo» (*correo interno*, junio de 2013), en *Sic* la comunización estaba a punto de convertirse o en un eslogan hueco en relación con la secuencia que atravesábamos, o en el marcador de la «mejor» lectura exegética de los textos marxianos. En el transcurso de esos debates de junio de 2013, sin circunvoluciones, esta situación fue designada, en otro correo, como «lo que nos repatea de *Sic*», y si desde hacía dos años «nos estábamos yendo por las ramas», había que «poner el dedo en la llaga». Pero no nos habíamos ido por las ramas, fue la rama la que nos sacudió en la cabeza. Nos habíamos creído más fuertes que las dinámicas deletéreas que habían surgido desde el principio.

En esta situación, la producción teórica de TC y la forma en que habíamos aceptado que fuese acogida y retomada no eran ajenas a esta evolución. Como subrayó un camarada de TC tras la ruptura de julio de 2013: «Nunca se pilla a nadie en un

escándalo sin que haya tenido algo que ver», añadiendo que, pese al aspecto microscópico e irrisorio del asunto, en el interior de *Meeting* y luego de *Sic*, habíamos aceptado, asumido y alentado la constitución y utilización de TC como polo teórico caricaturesco: sistemático, omniabarcante, totalizador y... hermético. Por su sistematismo y su vocación totalizadora, por no decir totalitaria, «el destino del corpus TC era convertirse en un canon», como no dejaba de repetir de puertas para adentro un participante en TC que después prefirió guardar las distancias: «La alianza, el acuerdo y el compromiso con el medio universitario no son más que un síntoma», escribía este camarada, que añadía: «Lo que constituía la originalidad de TC está a punto de ser clasificado y momificado como “*French Communist Theory*”, exactamente de la misma forma en que los estructuralistas franceses fueron puestos en su día en el pedestal de la crítica (literaria, lingüística, psicoanalítica) y luego exprimidos por el intelectualismo. El factor esencial de este devenir, que conduce a que dentro de poco nos vayamos a toparnos con TC como elemento del corpus crítico/marxista/postmarxista/neorradical/*whatever*, es la traducción al inglés de una parte “fundamental” de sus producciones, que va a sedimentarse como un testamento transmitido por buenos apóstoles, los cuales —y acto seguido los que vengan detrás de ellos— glosarán hasta el infinito a partir de conceptos que nunca pretendieron ser canónicos.» El inglés es la forma adoptada por la fosilización del corpus TC con respecto a su producción y la imposibilidad de aquello que siempre fue muy eficaz en el seno de dicha producción: la polémica. Las polémicas que podemos emprender en la actualidad apenas son la fuente de elaboraciones nuevas y tienden a no ser más que la reafirmación por nosotros mismos de un pensamiento que se osifica.

Así pues, la reunión de verano de julio de 2013 empezó en un contexto ya deletéreo. El texto de agosto que justificaba nuestra ruptura con *Sic*, titulado *Sic Fin de Parti(e)* (del que reproducimos a continuación largos extractos), relata primero los acontecimientos y las causas inmediatas de la rápida interrupción de esta reunión y luego extiende las observaciones a los impasses a los que se enfrentaba el proyecto.

«Para nosotros, el proyecto *Sic* ha muerto. Los sucesos del *Summercamp* no han hecho más que rematar a un enfermo al que, es cierto, se hubiera podido mantener en vida durante algún tiempo más con un gotero.

«La violencia, no sólo verbal (alguien fue empujado y acabó en el suelo), bajo la forma sexista que revistió y que se repitió en tres ocasiones, ya no podía ser considerada como un lamentable desliz. Aun cuando sí, por pura hipótesis, eso hubiese sucedido bajo un cielo sereno, habría bastado para justificar la suspensión del encuentro y la salida de la mayoría de los participantes. (...)

«Estos hechos, que habrían bastado por sí solos para interrumpir la reunión e hipotecar de sobra las relaciones entre numerosos participantes en *Sic* y, en consecuencia, la continuidad del proyecto, también fueron, para nosotros, el golpe de gracia no accidental asestado a un proyecto ya moribundo. La inflación del número de participantes en la lista y la diversidad creciente de sus orígenes geográficos no representan más que una suma, no un proyecto común. El tema de la «comunización» y la denominación de «comunizadores» podían llegar a ponerse de moda simplemente

como una distinción, como un miedo al vacío dentro del vacío. (...) Pues hala, a manipular a tontas y a locas «la pertenencia de clase como constricción externa», la «brecha», a veces incluso la «coyuntura» o «la complejidad de las contradicciones de clases y de géneros» un poco a modo de mantras.»

[Tras volver sobre la vertiente maximalista a contratiempo del proyecto (*cf.* supra), el texto continúa]

«El curso de la crisis ha demostrado ser mucho más complejo, poniendo en movimiento clases, segmentos de clase y formaciones sociales heterogéneas que habíamos descuidado, no en un análisis general del capital sino en las razones de ser de esta revista. A veces el corazón prevalece sobre el cerebro. Nosotros no pensamos que se esté abriendo un nuevo período, un período de reestructuración, sino un subperíodo de esta crisis dentro de la cual estallan conflictos esencialmente determinados por las características de la fase del modo de producción capitalista que ha entrado en crisis. Puede tratarse de insurrecciones obreras a más no poder o de indignaciones de clase media (a ese respecto pensamos que hay que ser claro sobre la especificidad de la clase media y dejar de navegar entre interclasismo e intra-clasismo), con todos los problemas que trata de identificar el concepto de coyuntura con su idea de la crisis del ordenamiento de las instancias como crisis de la autopresuposición y focalización de las contradicciones. Sobre este último aspecto, nos arriesgaremos a decir que la focalización actual es el Estado y más concretamente la crisis de la *desnacionalización del Estado*⁹ que cabe relacionar con la teoría de la zonificación tripartita, que se ha vuelto contraproducente dentro de la crisis actual (TC 24, p. 28) y con la disyunción valorización del capital/reproducción de la fuerza de trabajo (Turquía, Brasil, los últimos enfrentamientos en Egipto, la recurrencia de las luchas en China, en Bangladesh, etc., por no hablar de Europa occidental). Una focalización de las contradicciones que, en esta instancia y este material, no lleva inscrita ninguna finalidad y está cargado de un montón de peligros.

«Para comprender este subperíodo abierto por las “revoluciones árabes”, hay que partir

- 1) de la identidad de *esta* crisis entre subconsumo y sobreacumulación, de ahí ...
- 2) crisis de una determinación definitoria del período del MPC que entra en crisis: la zonificación tripartita
- 3) desde los «indignados», y luego las revueltas árabes, Turquía, Brasil, etc., sin olvidar Grecia o Portugal: pérdida de coherencia del sistema: la zonificación tripartita se ha vuelto contraproducente (TC 24, p. 28) tanto para el proletariado como para las clases medias y la clase capitalista. Nadie sabe adónde va.

«Esta focalización de las contradicciones como *crisis del Estado* (un Estado desnacionalizado) ha abierto múltiples posibilidades: el nacionalismo no sólo como ideología de la lucha de clases sino como trabajo de recomposición del ciclo mundial. La desconexión entre valorización del capital y reproducción de la fuerza de trabajo conformaba un sistema mundial. China, India, Brasil, se ven atenazadas entre su papel

⁹ Véase una presentación de esta idea en *Una secuencia particular*.

funcional dentro del sistema que se hunde y su propio desarrollo adquirido, que todavía no son capaces de hacer valer por sí mismo. Estos países ocupaban en él su lugar, a la vez como potencias económicas autónomas ascendentes y piezas de esa estructura mundial. Una reconfiguración del ciclo mundial del capital que suplantase a la globalización actual (una renacionalización de las economías que superara/conservara la globalización, una desfinanciarización del capital productivo —¿?—) es una hipótesis fuera de nuestro alcance por hallarse fuera de este ciclo de luchas, y porque supone la derrota de la revolución de la que este ciclo es portador y, dentro de esta derrota, una reestructuración del modo de producción capitalista.

«Si actualmente el problema es el Estado, todo lo que lo convierte en el problema lo presenta simultáneamente como la solución. El límite de las luchas de todas las clases y *aquello que las une*, consiste en situar sus luchas como redefinición del Estado, porque ellas mismas existen, en tanto luchas, como momentos de la crisis de la zonificación. La diversidad de las luchas actuales y de las clases o segmentos de clases que son sus portadores no se resolverá en una conjunción de las luchas sino en conflictos, en la imposición por ciertas tendencias de su carácter dominante a las demás tendencias, lo que no puede dejar de transformar la propia tendencia dominante en tanto que se convierte entonces en agente de la superación del conjunto de las contradicciones existentes.

«Dentro de esta intrincación entre la crisis de un Estado desnacionalizado, el interclasismo y unas luchas obreras centrales pero que tienen en este interclasismo su razón de ser y su límite, se juegan a la vez el impasse de estas luchas, su negación a partir de sí mismas, la posibilidad de su superación y, *last but not least*, la reestructuración del modo de producción capitalista.

«El proyecto Sic habría podido tener un sentido reubicándose dentro de esta *situación* para poder ser una especie de franquicia utilizable y utilizada al margen de sus productores inmediatos, lo que parece haber empezado a ser el caso. Es este subperíodo el que podía ser el objeto y la razón de ser de Sic, y no la afirmación beata de la perspectiva comunizadora y de una serie de «*Que sais-je*¹⁰» sobre la *Comunización* y las *Medidas comunistas*. Esta perspectiva tiene que ser reinvertida en este análisis del momento actual so pena de ser *normativa e ideal* y, más aún, tiene que ser deducida. Aun cuando los términos utilizados puedan ser molestos, el «segundo período de la reestructuración» de los camaradas griegos designa algo verdadero. ¿Por qué no llamar a esto «La era de los disturbios»? El texto *From Sweden to Turkey*¹¹ llegaba a tiempo, porque era grave que nadie, nosotros incluidos, propusiera análisis y estudios que versaran sobre: ¿en qué punto de la crisis estamos?

«Pero mira por dónde, no es eso lo que sucedió. Frente a las propuestas de poda en el sumario y de reorientación vimos levantarse los escudos de autores ofuscados hasta el punto de tratar esta proposición de «inacceptable» (lo que significa que ni siquiera era

¹⁰ Literalmente, «¿Qué sé yo?» Colección editorial publicada por Presses Universitaires de France (PUF), cuyo objetivo es ofrecer al lector una introducción accesible a un área del saber redactada por un experto en esa área. Constituye un buen ejemplo de *haute vulgarisation* (vulgarización de alto nivel). [N. del t.]

¹¹ Véase en Sic 2. <http://sicjournal.org/the-uneven-dynamics-of-the-era-of-riots/>

debatible); se quiso ver en ello un putsch político de TC cuando no una “apropiación del proyecto por una organización”, cosa “inaceptable” en la medida en que, hablando de eso y sin reír, alguien declaró que “la propiedad es una categoría burguesa” (sin bromear)¹². La reorientación propuesta ni siquiera padeció los efectos de ser debatida, ya que cada cual quería tener su cuarto de hora de gloria bajo el sol de Sic. Hacer teoría a partir de “relatos de luchas” —¡qué horror!— cuando estamos aquí para confrontar nuestras opiniones sobre LA Comunización. Que Sic se convierta en un buzón carece de interés... ¡pero a nosotros ya no nos concierne!

«Desde nuestro punto de vista, debido al desvanecimiento de la perspectiva inicial según la cual la perspectiva comunizadora iba a ser leída como un libro abierto durante el desarrollo de la crisis, Sic se encontró atrapado en un tenaza infernal entre, por una parte, la imposibilidad de desembarazarse del medio activista, cadáver que todavía se mueve e incluso ha vuelto a la carga durante el movimiento contra la reforma de las pensiones en calidad de zombi de un programatismo radical, y, por otra, un academicismo marxista de buen tono que podía, en función de ese mismo desvanecimiento y de esa pérdida de los puntos de referencia, hipostasiar la teoría comunizadora como *idea* y como *norma*, y, por tanto, sin implicaciones. Frente a lo que habíamos pensado en *Fin de Meeting*, por medio de la comunización, los unos podían seguir fingiendo que gesticulaban, y los otros esforzarse por restaurar el marxismo en tanto verdad actual.

«Para unos y para otros, lo que prima es la comunización como *fin*, como *idea*. A este respecto, el debate sobre el valor y la planificación en el comunismo (por llamarlo de alguna manera), uno de los pocos que tuvo lugar en la lista Sic, fue significativo¹³. Debate prospectivo y normativo que olvidó que la cuestión de la persistencia del valor no reside en la historicidad o no de las abstracciones, ni en la mejor forma de hacer hervir la marmita, sino en las condiciones actuales de la lucha de clases y, por tanto, en lo poco que pueda saberse del curso revolucionario eventual del que es portador este ciclo de luchas: las medidas comunistas¹⁴. Pero mira por dónde, era demasiado tarde. La vida de Sic había sido formateada por un activismo que presentaba la comunización como solución y perspectiva a las luchas, igual que podría haberlo hecho en otro tiempo un «gobierno de unidad popular», y por un academicismo que convertía la comunización en la lectura actual más adecuada en el mercado de los conceptos marxianos, poniendo atención en no criticar demasiado las burradas de ciertos maestros¹⁵. Mediante la pérdida de los puntos de referencia *real* de la perspectiva comunizadora, ésta se había convertido en *idea* o en *eslogan*.

«Todo aquello hacía mucho que lo teníamos explícitamente en la cabeza y ya se habían producido numerosos presagios, pero con la pérdida de los puntos de referencia de la perspectiva comunizadora, el medio se había convertido en el fin. La conservación

¹² Realizadas por un miembro de TC, estas propuestas estaban destinadas, frente a la masa de material disponible, a publicar en Sic 2 prioritariamente los textos que versaran sobre luchas y a posponer para Sic 3 los textos teóricos más «fundamentales».

¹³ Este debate mostró que, para algunos, la comunización también puede ser un proyecto político neoprogramático.

¹⁴ Véase en este n° el texto *Communisation, communisme, valeur*.

¹⁵ Como Chris Arthur y su «dialéctica sistemática».

y el crecimiento de un “medio teórico comunizador” prevalecieron rápidamente sobre la adecuación histórica y social necesaria a cualquier revista y se convirtieron en un fin en sí. De forma deliberada y en nombre de la necesaria diversidad de la corriente comunizadora, habíamos querido considerar las baladronadas y los embrollos activistas, las exposiciones universitarias en *power point*, y la repetición improductiva de algunos conceptos como epifenómenos, cuando sólo buscábamos *conservar nuestro propio confort teórico y “social”* so capa de un comportamiento responsable y de la necesidad de los debates. Las divergencias tienen que ser clarificadas; no se puede pasar por alto la dispersión actual, que es necesaria y bienvenida. La forma “de estar juntos” demostró ser prematura y a veces contraproducente. Hay que decir, no obstante, que hasta que la apariencia misma de algo en común desapareció con la teoría de la contradicción de género, hasta que, en un lugar, en un día y en un hecho consumado estallaron todas las tensiones, mantuvimos la esperanza. La esperanza, la herida más próxima al sol.

«Aquello nos explotó en la cara. Los universitarios no tenían necesidad sino de sus propias reflexiones y de la aparición de la revista —a ser posible gruesa y de buena calidad—, y podían escaquearse de las reuniones; a los activistas, desprovistos de material de reflexión, sumidos en la necesidad vital de esas mismas reuniones y de la revista como vitrina de su existencia y de su identidad, ya no tenían para disputar más que su ombligo; la contradicción de género había hecho estallar el consenso original.

«Igual que la nube anuncia la tormenta, los acontecimientos de este *Summercamp* no llegaron, pues, bajo unos cielos despejados. Cuando los modos de vida se convierten en apuestas “teóricas” y “políticas”, sólo cabe esperar lo peor. (...)

«En conclusión, para nosotros, situados entre los brazos de esas tenazas, actualmente ya no hay nada que hacer en Sic, tanto más cuando, sintomáticamente, la cuestión de las contradicciones de clases y de género ha sido brutal y experimentalmente expuesta. A juzgar por los correos que siguieron a los acontecimientos de este verano, diríase que el fracaso de la reunión y la reflexión sobre sus motivos se han vuelto anecdóticos. Para empezar, inmediatamente después, en la lista Sic ya sólo se trataba de seguir con el *business as usual* exigiendo, cuando se reflexionaba sobre ello, a los *dos* protagonistas que se “reconciliaran”, y a quienes se daban de baja de la lista que actuaran como personas “responsables” (cabe señalar que este llamamiento a la “responsabilidad” no se lanzó más que cuando se dieron de baja miembros de TC y sólo cuando se trató de dos de ellos en particular). Ni siquiera se vio en ello otra cosa que esa inclinación tan francesa por la agresividad y la intimidación (*bullying*): el *french touch*. Como todo el mundo sabe, claro está, Francia es Astérix.

«Ahora el tema principal es la hegemonía de TC y el gran alivio que suscitó entre algunos la salida de sus miembros. Si nuestra salida y la de otros camaradas tiene ese efecto, tanto mejor. Buen viaje y buena suerte. A aquellos que lamentan esa salida o ven en ella un abandono, sólo les diremos que hay momentos, nunca fortuitos, en los que hay que elegir. *Hay que romper.*»

(*Sic: Fin de Parti(e)*, 10 de agosto de 2013)

En este texto, las razones de nuestra ruptura se presentan de una manera ligeramente sesgada. Cuando reprochamos a nuestros camaradas que siguieran, como si

no pasara nada, con el “*business as usual*”, la sinceridad nos exige decir que nosotros mismos habíamos intentado hacer todo lo posible para que ese *business* continuara, y ello a pesar de todas las reservas que habíamos podido expresar incluso antes del encuentro. Estábamos dispuestos a organizar una reunión sustitutoria en Marsella a finales del otoño y habíamos realizado propuestas de sumario para los n^{os} 2 y 3 de *Sic*. Fue con ocasión de esas propuestas cuando se suscitaron, de manera a veces poco afable, la cuestión y el problema de la «hegemonía de TC». Digámoslo sin rodeos: cuando esa cuestión se convirtió en el tema principal de los debates nos marchamos. Rompimos con *Sic* como ruptura de TC con *Sic* y no explícitamente como salida en torno a los problemas fundamentales de *Sic* que, sin embargo, habíamos identificado correctamente, lo que no dejó de tener consecuencias con respecto a otros participantes en *Sic*, que también habían roto y no pudieron asociarse a la ruptura tal como la habíamos efectuado nosotros.

Aquella fue una ruptura muy mal gestionada, que no se hizo en torno a las verdaderas cuestiones, las de la violencia sexista sobrevenida y los impasses de *Sic* (aun cuando el texto de ruptura reorientase las cosas a posteriori), pero al menos no se nos puede acusar de premeditación y de estrategia.

Fin del trend.

Aquel verano de 2013 se vinieron abajo grandes ilusiones.

«Conoció la melancolía de los transportes, el frío despertar bajo una tienda, el aturdimiento de los paisajes y de las ruinas, la amargura de las simpatías interrumpidas. Volvió.»

(Flaubert, *La educación sentimental*)

¿Hemos vuelto? ¿Y en qué condiciones? El marasmo nos lo llevamos con nosotros.

Los *Summercamps*, las relaciones diversas crecientes, etc., enmascararon durante algún tiempo el propio marasmo de y dentro de TC. Nos dejamos llevar por una especie de *hybris* que un camarada inglés, que consideraba nuestra carta de ruptura con *Sic* como una autocrítica, no dejó de señalar.

«Podemos y debemos criticar a TC por proyectar sobre otros los problemas que ellos mismos han creado o contribuido a crear, pero no se les puede reprochar que no los hayan reconocido como problemas. (...) El evidente entusiasmo de TC por los discípulos (en el seno del grupo y fuera de él) convierte su queja acerca de discípulos que regurgitaban sus conceptos —en *Fin de Parti(e)*— en un ejemplo muy llamativo de proyección. (...) Yo no creo que TC buscara inicialmente discípulos en el extranjero (sus largos años en el desierto bastan para demostrar lo contrario), pero cuando esos discípulos, incluidos los universitarios, aparecieron, hicieron mucho por alentarlos. (...) Creo que TC tiene toda la razón al señalar nuestro empleo de sus fórmulas como algo parecido a los mantras. Me di cuenta de ello en mi propia escritura. Cuando intento expresar lo que creo que es un ejemplo de perspicacia en este o aquel texto de TC, a menudo encuentro que no puedo hacerlo sin repetir palabra por palabra sus formulaciones. Eso es mala señal, y TC tiene razón al ver esto como un problema. Sólo

cabe esperar que ahora estén aplicando esta crítica de la repetición de mantras a sus propios conceptos y fórmulas. (...) En gran parte, es el aparente entusiasmo de TC por tener discípulos lo que me hizo acoger con escepticismo la idea de Sic, dado que estaba claro desde el principio que TC podría desempeñar un papel hegemónico en el proyecto. (...) Temía que acabaran creyéndose su propia popularidad. Una de las razones de la popularidad de TC es que su estilo oscuro parece sugerir la existencia de un sistema teórico completamente elaborado, que no está a la vista, y que sólo podría ser captado si pudiéramos profundizar aún más en sus textos, encontrar más traducciones, etc. *Por supuesto, TC sabe que eso no existe, y han escrito explícitamente que TC es una “obra permanente”* (el subrayado es nuestro). Pero cuando otros confunden la fachada improvisada con un verdadero sistema, los miembros de TC tienen la mala costumbre de no corregirlos. (...) A fin de cuentas, creo que eso dimana de una reacción descontrolada ante el crecimiento aparente de su propia popularidad. Mal controlada, porque no entiende el aspecto problemático de esa popularidad; confundieron el efecto de un pequeño número de traducciones sobre un pequeño círculo de discípulos potenciales (muchos de ellos en el medio universitario) con la resonancia histórica mundial definitiva de sus fórmulas forjadas largo tiempo ha.»

Cuando rompimos con aquella comedia, nos encontramos de nuevo frente a nosotros mismo, es decir, frente a dos problemas: las modalidades de elaboración teórica interna de TC y la cuestión de la teoría como sistema.

Empecemos por lo primero. Sin comprender realmente lo que es el academicismo — aunque no sea esa la cuestión—, el autor de la crítica anterior escribía en el mismo texto: «¿Puede haber algo más “académico” que una escritura colectiva en la que la escritura propiamente dicha es prerrogativa casi exclusiva de un profesor mayorcito, con respecto al cual los demás miembros tienden a desempeñar el papel de discípulos, regurgitando, a menudo palabra por palabra, las formulaciones del maestro?» Si la formulación es desmesurada y si en TC cada cual (incluido el «profesor mayorcito») se sirve del corpus teceista en función de su comprensión, sus necesidades y la utilidad que ella o él pueda extraerle en un momento dado, es cierto que el modo de producción teórico interno de TC se ha *convertido* en un problema enojoso. En efecto, el modo de funcionamiento denunciado en la cita anterior siempre ha sido, durante decenas de años, un poco problemático, pero sin que se plantease la cuestión: «¿qué hacemos juntos?»

Podemos encontrarle dos causas a este *devenir*. En primer lugar, el hecho de que los desafíos de la producción teórica se nos escapan; en segundo lugar, TC como sistema teórico con vocación totalitaria.

¿Qué hacemos juntos?

Así pues, fin del período abierto en 1995 y necesidad de un balance. OK, pero lo esencial es lo que hay que decir ahora sobre nuestro presente. ¿Nosotros dónde estamos? ¿Por qué el lado «irrisorio» de lo que hacemos nos salta ahora a la yugular? La producción teórica continúa, pero ya no está, para nosotros, inmediatamente, involucrada en nada (o, en ese caso, nosotros ya no lo percibimos). En ciertos aspectos, se asemeja a una máquina enloquecida. No es su vertiente «elitista», «monolítica», o su producción «centrada en una persona» dentro del grupo, etc., lo que constituye el

problema en sí; si eso *se convierte* en un problema, es porque ya no vemos «para qué sirve» y, por tanto, «qué hacemos juntos».

Con razón o sin ella, a menudo hemos evacuado la cuestión del «¿para qué sirve?» En efecto, producir teoría es tomar posición, descuartizar objetos dentro de lo real, reelaborar sin cesar el propio material teórico, trazar fronteras, plantear temas y conceptos cismáticos, es decir, a fin de cuentas, hacer del comunismo un tema actual en la lucha de clases (sean cuales sean los modos de producción de esta teoría, es exactamente lo contrario del academicismo). La teoría es inherente a la lucha de clases, lo que indica el estatus de su existencia; es indispensable, lo que indica su función en el interior de aquello dentro de lo cual no puede no estar. Por ejemplo: no es porque la teoría no tenga otro papel que hacer existir teóricamente el fin comunista por lo que no sirve para nada. Ese no es el «papel» de la teoría, esa es su definición. No hay que confundir «papel» y «definición» o, en última instancia, «función». La crítica del «papel» es la crítica de la idea de intervención de la teoría en algo que podría existir sin ella, en «algo» de lo que ella no sería siempre *ya un elemento*. La teoría no es *útil*, es *necesaria*, porque no es la teoría preexistente de un fin o de una práctica (desde TC 5, hemos detallado y polemizado no poco al respecto). Ahora bien, eso significa que está constante y profundamente involucrada, aun cuando sea, de manera igualmente constante, de forma crítica. Nunca se encuentra en una relación ingenuamente positiva con el curso de la lucha de clases, es una relación amorosa, fogosa y rebelde. Hay que apañárselas. No hay que tomar nuestro malestar actual sobre el fondo por un malestar sobre la forma.

Ninguna «resocialización» depende de medidas o iniciativas formales: recrear un sitio web, una red, nuevos encuentros internacionales. Actualmente estamos lejos de la visibilidad creciente e inmediata de las contradicciones de clase y de género y de su vínculo con la revolución y el comunismo. Los desafíos de la producción teórica se nos escapan. Nunca hemos dicho «hay que hacer esto o aquello»; nunca hemos tenido una posición normativa que juzgase cada situación y cada lucha por la vara de medir de una revolución y un comunismo ya conocidos como fin existente y que nos estuviera «esperando», instalados en un futuro cosificado, pero cada análisis y cada texto (incluso la más abstracta), *nos situaba en el interior de sí mismo*. Ahora nos encontramos como en suspenso; es la incomodidad que uno puede sentir al leer un texto como *Una secuencia particular*. Es este malestar el que las notas publicadas aquí sobre la interacción entre las relaciones de producción y las relaciones de distribución intentan comprender y superar. En *Una secuencia particular*, la relación se presentó de tal manera que los términos se excluían mutuamente sin entender las dinámicas y luchas que estos dos tipos de relación, que no son más que el anverso y el reverso de la misma moneda pueden generar. Asimismo, hay que plantear nuevos interrogantes sobre la definición de las clases, como intentan hacerlo los dos breves textos que siguen a *A propos de Charlie*.

La cuestión central actual es *¿En qué punto de la crisis estamos?* Cuestión que hay que abordar mediante estudios parciales, tanto sobre situaciones locales como sobre tendencias económicas. Las perspectivas para el futuro próximo no son nada halagüeñas, lo cual no obsta para —e incluso refuerza— la necesidad de definir esta

situación. Si eso provoca un cierto aislamiento, no se trata de un aislamiento «espléndido», pues en ese «nada halagüeñas» estamos «involucrados» nosotros.

- a) A escala del medio teórico (que no podemos no tener en cuenta), se trata de la señalar el *devenir ideología* de la «teoría-de-la-comunización». No para someter a Sic o a otros «a un estrecho marcaje» (metáfora deportiva), sino porque ese devenir nos concierne en primera persona y nos involucra.
- b) A escala de las luchas y del éter general que da su coloración a cada una, se trata de la multiplicación de movimientos más que ambiguos que, sin embargo, expresan el curso de la lucha de clases *tal cual es*. Las revueltas árabes, los indignados, Grecia, pero luego también Turquía y Brasil: interclasismo, cuestión del Estado, nacionalismo, «etnificación» de la lucha de clases. Más cerca de nosotros: «bonetes rojos» y «movimiento de las horcas» en Italia (¿puede separarse este movimiento de la gran movilización exitosa de los Cobas en Roma en octubre de 2013?). Será preciso estar ahí dentro y posicionarnos (sin ambigüedad, pero sin normativismo, cosa nada fácil). Retroactivamente, corremos el riesgo de encontrar muy «simpático» el democratismo radical. De entrada, en Italia vemos a una parte del medio activista tirarse de cabeza a este estercolero; en una reunión de Sic, un participante declaró que no hay que sostener posiciones categóricas sobre los «bonetes rojos», con el pretexto de que «ahí hay obreros» y que «hay que fijarse en sus formas de acción».
- c) A nuestra pequeña escala propia. Por supuesto, el trabajo *¿En qué punto de la crisis estamos?*, pero también volver sobre los «fundamentos»: el programatismo y su imposibilidad en sus propios términos; la naturaleza de las crisis; el estatus del concepto de contradicción; la cuestión del Estado y de la ideología en la lucha de clases; volver a poner sobre la mesa nuestra concepción de la contradicción entre hombres y mujeres y precisarla, tanto más cuanto que la coloración «reaccionaria» (por emplear adjetivos burdos) que puede adquirir la secuencia en la que estamos involucrados corre el riesgo de volver a poner sobre el tapete, de forma imprevisible, la relación entre lucha de clases y contradicción entre hombres y mujeres.

La producción teórica siempre es trabajo: trabajo de asimilación de la historia teórica anterior y de sus problemáticas, de una larga y muy complicada historia de la lucha de clases. Sólo así puede ser invención; jamás es una evidencia. Lo real no se lee como un libro abierto, *no basta con salir al balcón para ver pasar los conceptos por la calle*. «Lo que lo espontáneo saca a la superficie es siempre banal.» (Roland Barthes). Incluso cuando no se trata de las mismas personas, los pocos análisis breves, incisivos, pertinentes que a veces pueden surgir son el resultado de un trabajo arduo, masivo y «elitista». Nadie está reducido, como fantaseaba una cierta ultraizquierda, a una simple médula espinal que actúa por reflejos; toda práctica opera siempre dentro de una lectura de la situación, dentro de una teoría o una ideología. El menor debate teórico llevado a cabo «a trompicones» supone dos siglos de producción teórica, una avalancha de trabajos indigestos, farragosos e indiscutibles, pero siempre discutidos y a menudo por sus propios autores. Nada de esto representa *en sí* un problema, ni siquiera el hecho que esta actividad tenga lugar dentro de un grupo que difícilmente es inmediatamente

colectivo. Las proposiciones y los abundantes debates que desembocaron en la producción del concepto de democratismo radical y luego, más tarde, en el de las dos contradicciones (proletariado/capital; mujeres/hombres) lo ejemplifican, incluso si la puesta a punto y la redacción son obra de una persona en particular. La producción teórica sólo se asemeja a un flujo inexorable y sin razón (sobre todo cuando se presenta como obra de *un* individuo dentro del grupo) cuando se disgrega su carácter colectivo. Cuando se está ocupado, cuando se está involucrado, cuando se está inventando, esa producción *se vuelve* colectiva sean cuales sean sus modalidades de fabricación. Todo esto sólo pesa en determinadas circunstancias, y nos encontramos en esas circunstancias.

Esta dificultad para captar que los desafíos actuales de la producción teórica nos involucran y nos sitúan interiormente con respecto a los análisis que podemos producir apunta a otra cuestión: la de la teoría como sistema. Las incertidumbres del período actual refuerzan la agudeza de la cuestión del sistematismo, en la medida en que éste busca dominar o integrar cualquier problema. Desalienta o priva de pertinencia la producción de textos inacabados o limitados que escapan a la construcción ininterrumpida del sistema, textos significantes por sí mismos o portadores de tesis o de puestas en entredicho que pueden estar llamadas a prosperar sin ser absorbidas, cuando no desactivadas. Esta cuestión emerge y es padecida íntimamente cuando la producción teórica se presenta como un flujo tan inexorable como «sin razón».

El sistema

«Una carencia conceptual no detectada sino, por el contrario, consagrada como no-carencia y proclamada como plena puede, en ciertas circunstancias, obstaculizar seriamente el desarrollo de una ciencia o de alguna de sus ramas. Para convencerse, basta observar que una ciencia no progresa, es decir, no *vive* sino gracias a una extrema atención puesta en sus puntos de fragilidad teórica. En este sentido, recibe su vida, menos de lo que sabe que de *lo que no sabe*, siempre que delimite bien este “no-sabido” y que sea capaz de plantearlo en la forma rigurosa de un problema. Ahora bien, lo no-sabido de una ciencia no es aquello que la ideología empirista cree: su “residuo”, lo que deja fuera de sí misma, lo que no puede concebir o resolver, sino, por excelencia, lo que lleva de frágil en sí misma, bajo la apariencia de las más fuertes “evidencias”, ciertos silencios de su discurso, ciertas carencias conceptuales, ciertos blancos en su rigor, en una palabra: todo lo que para un oído atento “suena a hueco” en ella a pesar de su plenitud. Una ciencia progresa y vive sólo de *saber escuchar lo que en ella “suena a hueco”* (el subrayado es nuestro).» (Althusser, *Para leer El Capital*, pp. 9-10).

El anti-normativismo inherente al «sistema TC» siempre fue el pequeño mazo que, de manera interior, indicaba dónde aquello «sonaba a hueco». Es importante subrayar esta crítica del normativismo. El normativismo, se sobreentiende, es el «punto de vista comunista»: el punto de vista que, dado que conoce el fin de la historia, considera el desenvolvimiento que conduce allí como accidental respecto de su «*fin*», como si la lucha de clases fuese un deporte de montaña consistente en buscar la vía de acceso a una cumbre ya presente y que existe al margen del proceso práctico de la lucha de clases que *la constituye*. En tanto «deporte de montaña», la actividad será necesariamente normativa y siempre aspirará a colmar una carencia (táctica o conciencia...) de la

situación actual, distribuir estrellitas y amonestaciones. Los proletarios ni están obligados a hacer la revolución, ni son libres de hacerla o no, pues la revolución y la producción del comunismo no preexisten a sus actividades cotidiana actuales, no existen como idea o como meta a alcanzar, son producidas, son el movimiento actual de su producción.

La crítica del normativismo hace que ni haya ni vaya a haber jamás un «monolito perfectamente liso» (*cfr. TC un chantier permanent*, TC 23). Los libros recientes publicados por TC sobre Irán, Grecia y la «reforma de las pensiones» son completamente «legibles»; a varios niveles, es verdad. Reorientan, reformulan y cuestionan secciones enteras de la teoría anterior. Desde el principio, TC está atiborrada de análisis concretos que, como *jamás son ejemplos*, introducen una dificultad de lectura, pero esta dificultad es el precio a pagar por la crítica del normativismo.

Sin embargo, si TC siempre ha estado atenta a lo que en su teoría «sonaba a hueco», esta no significa que el sistema se viera contradicho. Si el sistematismo es criticable (lo cual sigue siendo una cuestión abierta), siempre que se lo determine precisamente en su sustancia, eso no significa que la crítica constante inducida por el antinormativismo no forme parte del sistema. Una aplicación concienzuda de las «directrices» de Althusser puede ser la condición para una revitalización permanente de todo sistema, aunque éste no se considere como una ciencia; Como narra el texto *TC, una obra permanente*, en TC 23, esa fue la vida misma de TC. El sistema puede abarcar hasta sus propias críticas, no tiene exterior, como si la contradicción, la crítica y los nuevos conceptos sólo pudieran generarse desde dentro, como si «los demás» sólo estuvieran allí para alimentar el motor del sistema en calidad de *sparrings* o para ser molidos, no de manera agresiva, sino de manera industrial (véase TC 16).

Dentro de la crisis actual del modo de producción capitalista podemos extraer nuevas consecuencias de la relación de clase tal como surgió de la reestructuración de la década de 1970: producir toda su existencia dentro del capital/estar en contradicción con su propia existencia como clase.

Pequeño *flashback*: primero hicimos, desde TC 2, desde *La Contradiction* en sí misma, hasta decir basta, la dinámica del comunismo como su superación (lo que, entre nosotros, criticamos con el término burlón de «cinemascope»). A continuación, precisamos que esa contradicción era portadora de su superación «por la situación y la actividad específica de uno de sus términos» (TC 9); especificamos entonces este movimiento, al convertirlo en una dinámica que abarcaba y subsumía sus límites. Se trataba de una especie de teleología en la que los límites sólo estaban ahí para ser superados. Entonces invertimos la relación: la dinámica se convirtió en un momento del límite, es decir, producir todo su ser dentro del capital (estas dos últimas etapas son descritas y explicadas en TC 23, p. 69, *TC Chantier*). Con la irrupción teórica de la contradicción de género, el último aspecto —la dinámica como momento del límite— significa (y es aquí adonde llegamos) que la contradicción con la pertenencia de clase se ha vuelto coyuntural (si el proletariado produce todo su ser dentro del capital y de sus categorías, estas categorías son producidas y definidas dentro de su autopresuposición; de ahí el carácter coyuntural de la ruptura como crisis y trastrocamiento de la

autopresuposición del capital), o, dicho más abruptamente aún: la dinámica se ha vuelto accidental, contingente. En consecuencia, nos encontramos ante el abismo (Por lo visto, Blaise Pascal caminaba viendo siempre un agujero negro a su lado): el capital como contradicción en proceso y el comunismo ya no guardan entre sí una relación necesaria. El comunismo se convierte en el Dios oculto de Pascal: *la lucha de clases avanza en la oscuridad*.

Ante semejante abismo vacilamos con razón. ¿Debemos resignarnos a hacer una teoría de lucha de clases y la lucha de las mujeres «desembarazada del comunismo» y del fin de la relevancia social de la distinción entre los sexos? Pensándolo bien, hace mucho tiempo que tal cosa labra la teoría de TC, desde TC 5 y la llamada crítica del «teórico huérfano» (huérfano del comunismo) que, en consecuencia, no tiene nada más que decir, al no ser la lucha de clases para él más que un espectáculo irrisorio.

Ahora bien, incluso «desembarazada del comunismo» o de una «finalidad» de la distinción entre los sexos, ¿cómo hacer una teoría de la lucha de clases *y* de la lucha de las mujeres? Una vez más, es el «sistema» lo que está en juego. En el blog de TC, donde se encuentran los textos y los trabajos en curso, en el encabezamiento del texto *¿En qué punto de la crisis estamos?*, leemos al respecto: «nunca se trata de la contradicción entre mujeres y hombres (...) hay un problema». Una vez expuesta la teoría en general, ya no hablamos de ella, ya no la alimentamos. Podemos encontrar luchas y carne, pero no sabemos o no podemos exponerlos. En la construcción y la producción teórica hay dos momentos: la investigación y la exposición. Lo que está en juego son nuestros conceptos de exposición, es decir, la carencia de concepto y de procesos sintéticos de exposición.

Por ejemplo, si consideramos las continuas huelgas en el sector textil-confección de Bangladesh, se trata de huelgas y disturbios puestas abrumadoramente en marcha por mujeres. Tendríamos ahí el tema perfecto. Y, sin embargo, ¿qué enfoque logrará la síntesis de las contradicciones entre el proletariado y el capital, por un lado, y entre hombres y mujeres por otro? Una revista feminista abordaría el tema con decisión «desde la óptica de las mujeres» sin olvidar hablarnos de capital y de explotación; TC no es una revista feminista, así que lo abordaremos desde la óptica de las relaciones de clase sin olvidarnos de hablar de género, doble jornada, dote, etc. De esta forma, nos quedaríamos en una acumulación de determinaciones; lo que falta es la conceptualización sintética. También se puede tomar como tema el acoso sexual que padecen la inmensa mayoría de las obreras de las fábricas de Guangzhou por parte de la dirección, pero sobre todo de sus compañeros de cadena. Sin mayores problemas, el tema puede ser tratado a partir de la contradicción entre hombres y mujeres. ¿Cómo lo tratamos sintéticamente? Son raros los textos que hayan logrado esta síntesis (la síntesis no es una suma), como por ejemplo el de Kergoat sobre las huelgas y la coordinación de las enfermeras, que pone en primer plano la reivindicación salarial como exigencia de reconocimiento de los cuidados como cualificación y no como una cualidad natural de las mujeres. Podríamos citar también el capítulo sobre la migración internacional y las luchas de los sin papeles en *Tel Quel* (TC 24, pp. 35 a 39), o ciertos capítulos del folleto de TC *Soulèvement arabe, classe / genre*.

Si decimos que las contradicciones de clase y género están siempre ligadas, estaremos en lo cierto, pero sólo en lo que respecta a su fundamento. No obstante, estar

«siempre ligadas» no siempre significa una existencia y una aparición comunes (aun cuando sean conflictivas), lo que equivaldría a confundir la realidad con el nivel de conceptualización de ésta. Tampoco significa que cada objeto teórico abordado, en su particularidad, tenga que contener inmediatamente las dos para ser legítimo. Ahora bien, el intercambio de textos emprendido acerca del concepto de «íntimo» (véase el blog de TC) se agotó rápidamente y no dio lugar a ningún texto publicado. Está claro, al leer TC, que la lucha de clases es asumida implícitamente a priori como el ámbito privilegiado en el que deben existir esas contradicciones «siempre ligadas».

Cabe preguntarse si, salvo raras excepciones, el enfoque sintético es posible. ¿Acaso aquello mismo de lo que tiene que dar cuenta no imposibilita la existencia de una conceptualización semejante? O sea, dar cuenta de *dos* contradicciones. El único concepto sintético es el del «capital como contradicción en proceso». Es *esencial*, pero sólo es eso, es decir, «esencial». Quizás tengamos que habérmolas con un límite de la producción teórica actual: una escisión entre la teorización de la contradicción entre hombres y mujeres que hable «marginalmente» de las contradicciones de clase, y viceversa. Quizás sea el tributo a pagar por la existencia de dos contradicciones distintas. Por el momento, hay que aceptar esta incompletitud como inherente a unas formulaciones teóricas que pueden alimentarse recíprocamente pero que permanecen, igual que sus objetos, distintas. Si hemos de estar siempre en busca de este ángulo de enfoque sintético en cada objeto particular, no por ello debemos negarnos a contentarnos a menudo con una suma de determinaciones. Constatamos que, de forma abrumadora, la teoría comunista sólo es una teoría de las clases, que la mayoría de los textos no se hacen cargo del género. «Camaradas, pero mujeres», no sólo es una propuesta teórica, sino también una disyunción interna que afecta a la producción teórica porque se trata de una disyunción real¹⁶. Si en la producción de TC rozamos constantemente estos límites y esta disyunción, lo mismo le sucede al feminismo a poco que se plantee la cuestión de la abolición de los hombres y de las mujeres¹⁷. A veces la exposición de sus límites por la Razón es la mayor conciencia que ésta puede tener de sí misma.

En el programatismo, la teoría de la lucha de clases constituía de hecho, en sí misma, una teoría del comunismo, una *dialéctica de la superación*. Si, contra el sistematismo, uno de nosotros dijese que, a través de la crítica del programatismo, hemos conservado carácter sistemático de éste (la necesidad del sistema), es que toda la necesidad sistemática procede precisamente de ahí: *identificación de la teoría de la lucha de clases y del comunismo, de la distinción de los sexos y del fin de su relevancia social*. El comunismo, la inmediatez social del individuo, constituye él mismo el movimiento de su realización. En la historia cada acontecimiento siempre es la

¹⁶ En la *Réponse aux Américaines* (TC 24, pp. 92-93) se precisa que la unidad (el capital como contradicción en proceso) no es algo que se autodetermine en dos contradicciones. La unidad es producida por la especificidad de cada contradicción.

¹⁷ En la medida en que, por su parte y en el mejor de los casos, *aísla* la contradicción entre mujeres y hombres dentro de una «relación de producción» propia, para el feminismo es muy difícil llegar a pensar a través de qué proceso social se llega a la situación en la que «la distinción entre los sexos deja de tener relevancia social.» (Christine Delphy, *Por un feminismo materialista: el enemigo principal y otros textos*, Ed. Lasal, Barcelona).

manifestación de una astucia de la razón. También era ése el fondo de la crítica más pertinente de TC, firmada por Daredevil (en los sitios *L'Angle mort* y *Mundialisme.org*):

«TC no es sistemática y este sistematismo no es especulativo, porque la teoría de esta revista querría abarcarlo todo y convertir el conjunto de lo real, necesariamente fragmentario y finito, en un todo coherente, como en resumidas cuentas le reprochan *TropLoin* y *La Matérielle*. Lo esencial no es que la teoría de TC sea formalmente sistemática, sino que el núcleo del “sistema TC” es especulativo de resultados de su proposición fundamental: la contradicción entre el proletariado y el capital es idéntica al desarrollo del capital. Es esta identidad la que constituye la relación entre proletariado y capital en contradicción. Con la tasa de beneficio como contradicción entre las clases, la contradicción entre proletariado y capital se convierte en una contradicción interna del desarrollo del capital; es ahí donde la contradicción se convierte en un *proceso racional*. Esta identidad también es la que constituye el desarrollo del capital en contradicción. Esta contradicción se convierte, por su identidad originaria, en “significación histórica del capital”. Por medio de este sistema de identidades, la contradicción entre las clases se convierte en un proceso dialéctico de realización. La revolución ya está ahí, no hace sino perderse en el desarrollo del capital, que no es más que su “alienación”. Haber creado esta identidad es lo que constituye cada uno de sus términos y el conjunto en un proceso racional, en una contradicción.» (Daredevil)

Abandonar este paradigma supondría limitar todo trabajo teórico a la lucha de clases y al curso de la contradicción entre mujeres y hombres, es decir, al nivel de la dinámica exclusiva del capital como contradicción en proceso. Esa es la única *realidad*, y esa sería la verdadera culminación de la crítica del programatismo. La revolución y el comunismo estarían, por tanto, determinados como proyecto, y se encontrarían más allá de toda posibilidad de conocimiento, no sin vínculo alguno, pero sin ninguna *necesidad* incluida en las contradicciones del modo de producción capitalista. En sus textos de *La Matérielle*, Christian Charrier vio el «sistema» de TC en lo que él calificó de post-programatismo y en la cuestión de la dialéctica, pero no identificó el punto preciso donde reside la necesidad del sistema, es decir, la correlación entre lucha de clases y comunismo producida como necesaria. En *Para leer El capital* (y más aún en los textos póstumos sobre el «materialismo aleatorio») Althusser entrevió algo con la tesis sobre la diferencia absoluta entre las leyes de reproducción de una estructura y las de su superación, que, a diferencia de aquella, está lejos de ser un «proceso sin sujeto»; antes que él, en *Las aventuras de la dialéctica*, Merleau Ponty sólo había percibido la cuestión como una producción de aporías entre la determinación del sistema y la libertad de la acción; en *Marx prénom Karl*, Dardot y Laval llegan actualmente, en resumidas cuentas, al mismo punto, distinguiendo dos líneas teóricas paralelas en Marx («sentido de la historia»/práctica); en la *Crítica de la razón dialéctica*, Sartre propone una especie de autodeterminación, de autoproducción de la acción como grupos; en *The new dialectic and Marx's Capital* y en *Tiempo, trabajo y dominación social*, Chris Arthur y Postone clausuran tan bien su dialéctica del valor que incluye a la clase obrera, que ya no saben cómo salir de ella sin unas cuantas piruetas democráticas y humanistas; la «crítica del valor» deja al cuidado del capital el problema de disolverse; en la *Dialéctica negativa*, Adorno reduce la dialéctica a la no-identidad contra el principio de cumplimiento y de realización de lo absoluto (identidad de la identidad y de la no-

identidad); Castoriadis, al final de S.ou.B, mandó a paseo la lucha de clases junto con la dialéctica y el sistema.

El concepto de *coyuntura* indica cómo sostener «sistemáticamente» por un lado la desaparición del «sentido de la historia», la dialéctica de la historia, y, por el otro, la comprensión del curso del capital y de la lucha de clases como «tendencia a la abolición de su regla». La *coyuntura* dice que no hay dialéctica de la superación, que ya no hay una ley: *la revolución, en su proceso, se vuelve en contra de lo que la ha producido (cfr. Tel Quel).*

Por ejemplo, en acontecimientos como las revueltas árabes, hay que lograr combinar la lógica subyacente con la lógica estratégica de los enfrentamientos creada por los acontecimientos (que no son el reflejo de esa lógica subyacente) y que constituye a las fuerzas en presencia (en *Las luchas de clases en Francia* Marx ofrece un modelo de este enfoque). Habría que llegar a considerar cada tema particular en sí mismo, a hacer funcionar la problemática general dentro de la lógica particular de su sujeto.

Con el concepto de coyuntura no se trata de introducir una precisión o un complemento en la definición de la revolución como comunización; se trata de una renovación, de una reorganización del concepto como producción y apropiación pensadas de un proceso concreto y empírico. Más aún, se trata de una comprensión del curso de la lucha de clases (hablamos de la comunización en presente). Este concepto es una herramienta de análisis de las luchas en toda su riqueza y su diversidad de niveles entrelazados. Pero también es el fin de todo vínculo *necesario* entre la lucha de clases y el comunismo: la necesidad no se abre camino a través de las contingencias.

Ya no hay razón en la historia.

Una secuencia particular

El texto siguiente (*Una secuencia particular/¿En qué punto de la crisis estamos?*) es una versión abreviada y esquemática de un trabajo en curso, de momento inacabado, que ha dado lugar a redacciones más largas y más o menos confusas. La versión publicada aquí fue redactada en abril de 2014 y fue objeto de una reunión pública en la región parisina, con lo que adquirió una existencia autónoma y fue publicada en inglés (estadounidense) por las ediciones Subversion Press (subversionpress.wordpress.com) acompañada de numerosas notas críticas.

Por nuestra parte, creemos que la principal laguna de este texto consiste en abordar las relaciones de producción y las relaciones de distribución como instancias mutuamente excluyentes, de lo que resulta una comprensión unilateral de las luchas desarrolladas sobre la base de la dominación de las relaciones de distribución.

A continuación de este texto se encontrará una nota que insiste sobre el hecho de que las circunstancias de la contradicción entre proletariado y capital no pueden considerarse como meros accidentes y, sobre todo, un comentario crítico que versa precisamente sobre la dialéctica entre relaciones de producción y relaciones de distribución, además de una lectura comentada de la sección séptima del Libro III de *El Capital*: «Los réditos y sus fuentes» (*El Capital*, Siglo XXI, 1981, vol. 8, pp. 1037 a 1123).

Asimismo, vista la importancia de las «clases medias» en ciertas luchas evocadas en *Una secuencia particular* (lo que no carece de relación con la dialéctica entre relaciones de producción y relaciones de distribución), lo hemos hecho seguir también de dos textos que ofrecen análisis ligeramente divergentes de estas «clases».

Añadimos también, como esclarecimiento de este texto y para fijar el rumbo a seguir por la investigación, algunas notas sobre «raza» y «racialización» en las luchas de clase.

A continuación, hemos incluido algunas notas sobre las manifestaciones brasileñas de la primavera de 2013 seguidas de un texto que propone un marco teórico de análisis para lo que se denomina las «luchas urbanas».

Por último, dentro del panorama de la situación actual, algunas palabras sobre Grecia y Syriza y, para regresar a casa, consideraciones sobre la reforma del código de trabajo en Francia en 2016 (texto publicado en dndf.org)